El urbanismo como modo de vida*

por Louis Wirth.

La ciudad y la civilización contemporánea

Así como el comienzo de la civilización occidental se caracterizó por la instalación permanente de pueblos nómades en la cuenca del Mediterráneo, el comienzo de lo que es distintivamente moderno en nuestra civilización se caracteriza por el crecimiento de las grandes ciudades. En ninguna parte ha estado la humanidad más alejada de su naturaleza orgánica que bajo las condiciones de vida propias de las grandes ciudades. El mundo contemporáneo ya no presenta el cuadro de pequeños grupos aislados de seres humanos dispersos sobre un vasto territorio, tal como Sumner (1906) describió a la sociedad primitiva. El rasgo que distingue al modo de vida del hombre de la edad moderna es su concentración en agregados gigantescos que irradian las ideas y prácticas que llamamos civilización, y alrededor de los cuales se aglomeran centros menores. El grado en que el mundo contemporáneo puede ser llamado *urbano* no es entera o correctamente medido por la proporción de hombres que, sobre la población total, vive en las ciudades. Las influencias que la ciudad ejerce sobre la vida social del hombre son mayores de lo que indicaría la magnitud de la población urbana, pues la ciudad no es sólo la morada y el taller del hombre moderno, sino también el centro de iniciación y control de la vida económica, política y cultural que ha atraído a su órbita las más remotas partes del mundo y entrelazado en un cosmos diversas áreas, pueblos y actividades.

El crecimiento de las ciudades y la urbanización del mundo es uno de los hechos más impresionantes de los tiempos modernos. Aunque es imposible establecer en forma precisa qué proporción de la población total mundial, estimada en 1.800.000.000 de habitantes, es urbana, el 69,22 % de la población total de aquéllos países que sostienen la distinción entre áreas urbanas y rurales, lo es (Pearson, 1935).

Más aún, considerando el hecho de que la población del mundo está muy desigualmente distribuida y que en algunos de los países sólo recientemente tocados por el industrialismo, el crecimiento de las ciudades no ha sido muy intenso, este promedio subestima la extensión alcanzada por la concentración urbana en aquellos países donde el impacto de la revolución industrial ha sido más violento y de fecha menos reciente.

Esta transformación de una sociedad rural en una predominantemente urbana, acaecida en áreas industrializadas tales como los Estados Unidos y el Japón en el lapso de una simple generación, fue virtualmente acompañada por cambios que han afectado profundamente todos los aspectos de la vida social.

Son estos cambios y sus ramificaciones los que llaman la atención del sociólogo al estudio de las diferencias entre los modos de vida rural y urbano. El mantenimiento de este interés es un prerrequisito indispensable para la comprensión y posible dominio de algunos de los más cruciales problemas contemporáneos de la vida social, pues promete suministrar una de las perspectivas más reveladoras para la intelección de los cambios que están ocurriendo en la naturaleza humana y en el orden social[1].

---

* En este artículo, el autor sienta las bases para el desarrollo de lo que él denomina una "teoría del urbanismo", identificando los principales rasgos de la vida urbana moderna y sus efectos sobre las relaciones sociales y la conducta y personalidad de los habitantes de las grandes ciudades. Wirth es considerado uno de los principales exponentes de la Escuela de Chicago, y sus textos –ya clásicos- han influenciado a generaciones de sociólogos, geógrafos y urbanistas en general.
"El urbanismo como modo de vida" fue publicado originalmente en 1938, en el número 44 del *American Journal of Sociology*. La presente versión corresponde a la traducción de Víctor Sigal, publicada por Ediciones 3 (Buenos Aires, 1962).

[1] Considerando que la vida rural en los Estados Unidos ha sido durante largo tiempo asunto de considerable interés para las oficinas gubernamentales, el informe sometido al presidente

Dado que la ciudad es producto del crecimiento antes que de una creación instantánea, puede suponerse que las influencias que ejerce sobre los modos de vida no logran extirpar por completo los modos previamente dominantes de asociación humana. Por lo tanto, y en un grado mayor o menor, nuestra vida social muestra huellas de una temprana sociedad folk, de la que son modos característicos de instalación las granjas, la hacienda ("manor") y la villa. Tal influencia histórica está reforzada por la circunstancia de que la población de la ciudad misma es en gran medida reclutada en el campo, donde persiste un modo de vida que recuerda aquella forma primera. De aquí que no nos sea dado esperar el hallazgo de variaciones abruptas y discontinuas entre los tipos urbano y rural de personalidad. La ciudad y el campo deben ser vistos como dos polos y todos los establecimientos humanos tienden a acomodarse con relación a uno u otro de ellos.

Tomando la sociedad urbana-industrial y la sociedad folk-rural como tipos ideales de comunidades, podemos obtener una perspectiva para el análisis de los modelos básicos de asociación humana, tal como aparecen en la civilización contemporánea.

Una definición sociológica de la ciudad

A pesar de la significación preponderante que la ciudad tiene en nuestra civilización, el conocimiento de la naturaleza del urbanismo y del proceso de urbanización es pobre. Ciertamente, se han hecho muchos intentos para aislar las características distintivas de la vida urbana. Geógrafos, historiadores, economistas y estudiosos de ciencias políticas han incorporado los puntos de vista de sus respectivas disciplinas en diversas definiciones de la ciudad. Aunque de manera alguna se intente reemplazar a éstas, la formulación de un enfoque sociológico de la ciudad puede servir incidentalmente para llamar la atención hacia sus interrelaciones acentuando las características peculiares de la ciudad como forma particular de asociación humana.

Una definición de la ciudad sociológicamente significativa busca seleccionar aquellos elementos del urbanismo que lo caracterizan como un modo distintivo de la vida humana de grupo.

Caracterizar como urbana una comunidad sólo sobre la base de su tamaño es obviamente arbitrario. Es difícil defender semejante definición censal, que designa como urbana a una comunidad de 2.500 habitantes o más, y a todas las menores como rurales. La situación sería la misma si el criterio fuese 4.000, 8.000, 10.000, 25.000 ó 100.000 habitantes pues aunque en el último caso podríamos sentir que estamos más cerca de un agregado urbano que tratándose de comunidades de menor tamaño, ninguna definición del urbanismo puede pretender ser completamente satisfactoria en tanto las cifras sean consideradas como criterio único. Además, no es difícil demostrar que comunidades que poseen un número menor de habitantes del que indica aquel límite arbitrario, pero que están situadas en la esfera de influencia de los centros metropolitanos, tienen mayor derecho a ser reconocidos como urbanas que otras de mayor extensión pero que llevan una existencia más aislada, en un área predominantemente rural. Finalmente, debe reconocerse que las definiciones censales están indebidamente influidas por el hecho de que la ciudad, donde los límites legales juegan un papel decisivo delineando el área urbana es siempre, estadísticamente hablando, un concepto administrativo. En ninguna parte es esto más claramente manifiesto que en las concentraciones de población de las periferias de los grandes centros metropolitanos que atraviesan los arbitrarios límites administrativos de ciudad, jurisdicción, estado y nación.

En tanto identifiquemos urbanismo con la entidad física de la ciudad, viéndola sólo como rígidamente delimitada en el espacio, y procedamos como si los atributos urbanos

---

Teodoro Roosevelt en 1909 por la Comisión de Vida Rural (Country Life Commission), constituye el caso más notable de exposición comprensiva y es digno de señalar que ninguna investigación oficial sobre la vida urbana pudo comparársele hasta el establecimiento de un Comité de Investigación sobre Urbanismo (Research Committee on Urbanism) del National Resources Committee (1937).

cesaran abruptamente de manifestarse más allá de una línea limítrofe arbitraria, no estaremos en condiciones de elaborar ninguna adecuada concepción del urbanismo como modo de vida. El desarrollo tecnológico de los transportes y la comunicación, que marcó virtualmente una nueva época en la historia humana, ha acentuado el papel de las ciudades como elementos dominantes de nuestra civilización y extendido enormemente el modo urbano de vida más allá de los confines de la ciudad misma. El dominio de la ciudad, especialmente de la gran ciudad, puede ser visto como una consecuencia de la concentración operada en ella de servicios y actividades industriales, comerciales, financieros y administrativos; de líneas de transporte y comunicación; de equipos culturales y recreativos tales como la prensa, estaciones de radio, teatros, bibliotecas, museos, salas de conciertos, teatros líricos, hospitales, instituciones de educación superior, centros de investigaciones, publicidad, organizaciones profesionales e instituciones religiosas y de beneficencia. Si no fuera por la atracción y sugestiones que la ciudad ejerce sobre la población rural a través de estos instrumentos, las diferencias entre los modos de vida rural y urbano serían mayores aún de lo que son. Urbanización no denota ya meramente el proceso por el cual las personas son atraídas a un lugar llamado ciudad e incorporadas a su sistema de vida. Refiere también esa acentuación acumulativa de las características distintivas del modo de vida que está asociado al crecimiento de las ciudades, y finalmente, los cambios en la dirección de los modos de vida reconocidos como urbanos y manifiestos en la gente que, dondequiera se halle, ha sufrido el hechicero influjo que la ciudad ejerce en virtud del poder de sus instituciones y personalidades a través de los medios de comunicación y transporte.

Los defectos imputables al enfoque de quienes consideran el número de habitantes de una concentración criterio suficiente para determinar su carácter rural o urbano, son igualmente imputables en buena parte al planteo de quienes erigen la densidad de población en criterio único.

Sea que, como criterio para la determinación del carácter urbano de una concentración aceptemos el de una densidad mínima de 10.000 personas por milla cuadrada, propuesto por Jefferson (1909), o el de 1.000, sustentado por Wilcox (1926), está claro que a menos que la densidad esté correlacionada con características sociales significativas, sólo puede suministrar una base arbitraria de diferenciación entre comunidades rurales y urbanas. Dado que nuestros censos de área computan la población nocturna más bien que la diurna, la región de vida humana más intensa –el centro de la ciudad- tiene generalmente una baja densidad de población, y las áreas industriales y comerciales de la ciudad, que contienen las actividades económicas más características, subyacentes a la sociedad urbana, en realidad serían escasamente urbanas si la densidad fuera literalmente interpretada como señal de urbanismo. Sin embargo, el hecho de que la comunidad urbana se distingue por un gran agregado y una densidad de población relativamente alta no puede dejar de ser tenido en cuenta en una definición de la ciudad. En todo caso estos criterios deben considerarse relativos al contexto cultural general en el que surgen y existen las ciudades, y sociológicamente relevantes sólo en tanto operan como factores condicionantes de la vida social.

Las mismas críticas se aplican a criterios tales como la ocupación de los habitantes y la existencia de ciertos servicios públicos, instituciones y formas de organización política. La cuestión no es si las ciudades, en nuestra civilización o en otras, exhiben estos rasgos distintivos, sino la de si poseen la potencia para moldear el carácter de la vida social en su forma específicamente urbana. Al intentar formular una definición fecunda tampoco podemos permitirnos pasar por alto las grandes variaciones que se dan entre las ciudades. Mediante una tipología de ciudades basada en el tamaño, la ubicación, la edad y la función de las mismas, como la que intentamos establecer en nuestro reciente informe al National Resources Committee (1937: 8), hemos podido ordenar y clasificar las comunidades urbanas en una escala que fluctúa desde pueblos pequeños y precarios hasta florecientes centros metro-

politanos mundiales; desde aislados centros de comercio situados en medio de regiones agrícolas hasta prósperos puertos cosmopolitas y conurbaciones comerciales e industriales. Diferencias como ésas se hacen cruciales ya que las características e influencias sociales de las diferentes "ciudades" varían ampliamente.

Una definición útil del urbanismo no debería limitarse a denotar las características esenciales que todas las ciudades –por lo menos en nuestra cultura- tienen en común, sino que debería prestarse al descubrimiento de sus variaciones. Una ciudad industrial diferirá significativamente, en los aspectos sociales, de una ciudad comercial, minera, pesquera, universitaria o capital. Una ciudad de una sola industria presentará una serie de características sociales diferente de la de una ciudad de muchas industrias, así como lo hará una ciudad industrialmente equilibrada respecto de una desequilibrada, un suburbio respecto de un satélite, un suburbio industrial con relación a un suburbio residencial, una ciudad de una región metropolitana respecto de una que no pertenece a ella, una ciudad vieja con relación a una nueva, una ciudad sureña respecto de una de Nueva Inglaterra, una ciudad del centro o del este con relación a una de la costa del Pacífico, una ciudad en crecimiento respecto de una estable u otra decadente.

Una definición sociológica, como es obvio, debe ser lo suficientemente inclusiva como para comprender toda característica esencial que los diferentes tipos de ciudades tengan en común en tanto entidades sociales; de modo igualmente obvio no puede ser tan detallada como para tomar en cuenta todas las variaciones implícitas en las diversas clases que hemos esquematizado. Presumiblemente, algunas de las características de las ciudades son más significativas que otras en cuanto al condicionamiento de la naturaleza de la vida urbana, y cabe esperar que los rasgos salientes de la escena urbano-social varíen de acuerdo con el tamaño, densidad y diferencias del tipo funcional de ciudades Además, podemos inferir que la vida rural tendrá la marca del urbanismo en la medida en que experimente la influencia de las ciudades a través del contacto y la comunicación. Puede contribuir a la claridad de las proposiciones que se anuncian a continuación, el repetir que, mientras que el "locus" del urbanismo como modo de vida debe ser encontrado, por supuesto, de modo característico, en lugares que llenen los requisitos que estableceremos como definitorios de la ciudad, el urbanismo no está confinado a tales localidades, sino que se manifiesta en grado variable dondequiera que penetren las influencias de la ciudad. El urbanismo, ese complejo de rasgos que componen el modo característico de la vida en las ciudades, y la urbanización, que denota el desarrollo y extensión de esos factores, no se encuentran pues exclusivamente en establecimientos que son ciudades en un sentido físico y demográfico. Con todo, deben encontrar su más pronunciada expresión en tales áreas, especialmente en las ciudades metropolitanas. Al formular una definición de la ciudad es necesario tener cierta cautela para no incurrir en la identificación de urbanismo como modo de vida con cualquier influencia cultural específica, local o históricamente condicionada que, aunque pueda afectar significativamente el carácter específico de la comunidad, no sea el determinante esencial de su carácter como ciudad.

Es particularmente importante llamar la atención sobre el peligro de confundir urbanismo con industrialismo y capitalismo moderno. El surgimiento de las ciudades en el mundo moderno no es, sin duda, independiente de la emergencia de la moderna tecnología de las máquinas a fuerza motriz, de la producción en serie y de la empresa capitalista. Pero por diferentes que, respecto de las ciudades de épocas tempranas y de un orden preindustrial y precapitalista, hayan llegado a ser, en virtud de su desarrollo, las grandes ciudades actuales, aquéllas fueron, con todo, ciudades.

Para propósitos sociológicos, una ciudad puede ser definida como un establecimiento relativamente grande, denso y permanente de individuos socialmente heterogéneos.

Sobre la base de los postulados que esta definición mínima sostiene, una teoría del



urbanismo puede ser formulada a la luz del conocimiento existente sobre grupos sociales.

Una teoría del urbanismo

En la rica literatura existente acerca de la ciudad buscamos en vano una teoría del urbanismo que ofrezca de un modo sistemático conocimientos asequibles concernientes a la ciudad como una entidad social. Ciertamente, disponemos de excelentes formulaciones teóricas acerca de problemas especiales, tales como el del crecimiento de la ciudad visto como una tendencia histórica y como un proceso recurrente[2], una rica literatura exponente de ideas de relevancia sociológica y estudios empíricos que ofrecen información detallada sobre una variedad de aspectos particulares de la vida urbana. Pero a pesar de las múltiples investigaciones y libros de texto sobre la ciudad, aún no contamos con la posibilidad de derivar un conjunto comprensivo de hipótesis a partir de una serie de postulados implícitamente contenidos en una definición sociológica de la ciudad, ni con conocimientos sociológicos generales que puedan ser verificados a través de la investigación empírica. Los enfoques más cercanos a una teoría sistemática del urbanismo, hállanse en un penetrante ensayo, "Die Stadt" de Max Weber (1925), y en un memorable artículo de Robert E. Park sobre "La ciudad: sugestiones para la investigación de la conducta humana en un medio ambiente urbano" (Park, Burguess y otros, 1925, capítulo 1). Pero aún estas excelentes contribuciones están lejos de constituir un marco teórico de referencia ordenado y coherente mediante el cual pueda operar provechosamente la investigación. En las páginas que siguen trataremos de exponer un número limitado de características identificatorias de la ciudad. Dadas estas características indicaremos, a la luz de la teoría sociológica general y de la investigación empírica, qué consecuencias u otras características las acompañan. De este modo esperamos arribar a proposiciones esenciales que comprendan una teoría del urbanismo. Algunas de estas proposiciones pueden ser apoyadas por un conjunto considerable de materiales de investigación, fácilmente asequible; otras deben ser aceptadas como hipótesis para las que existe una cierta cantidad de evidencia presuntiva, pero para las que se requiere una verificación más amplia y exacta. Esperamos que, al menos, tal procedimiento muestre qué nivel alcanzado y cuáles son las hipótesis más fructíferas y cruciales para la investigación futura.

El problema central del sociólogo de la ciudad es descubrir las formas de acción y organización sociales que, de modo típico, emergen allí donde se da el establecimiento relativamente permanente y compacto de grandes cantidades de individuos heterogéneos. Debemos también inferir que el urbanismo asumirá formas más características y extremas en la medida en que se den las condiciones con las cuales es congruente. Así, cuanto más grande, más densamente poblada y más heterogénea sea una comunidad, más acentuadas estarán las características asociadas con el urbanismo. Debe, empero, reconocerse que en el mundo social las instituciones y prácticas pueden ser aceptadas y continuadas por razones distintas a las que originalmente les dieron existencia, y que acorde con esto el modo urbano de vida puede perpetuarse bajo condiciones bastante distintas de aquéllas que fueron necesarias para originarlo.

Quizá quepa alguna justificación de la elección de los principales términos empleados en nuestra definición de la ciudad. Se ha intentado hacerla tan inclusiva y al mismo tiempo denotativa como fuera posible sin cargarla con supuestos innecesarios. Decir que son necesarias grandes cantidades para constituir una ciudad, significa, por supuesto, grandes cantidades en relación a un área restringida o a un establecimiento de alta densidad. Con todo, hay buenas razones para tratar "las grandes cantidades" y "la densidad" como factores separados desde que cada uno puede estar relacionado con consecuencias de relevancia social, diferentes. Al mismo tiempo, la necesidad de agregar "la heterogeneidad" a "cantidades de población" como un criterio distintivo y necesario de urbanismo puede ser

[2] Ver Park, Burguess y otros (1925), especialmente capítulos 2 y 3; y Sombart (1931).

cuestionada, ya que es de esperar que el grado de diferencias varíe con la cantidad.

En defensa de lo expuesto puede decirse que la ciudad muestra una clase y grado de heterogeneidad de población que no puede ser enteramente explicada por la ley de las grandes cantidades o representada adecuadamente por medio de una curva de distribución normal. Dado que la población de la ciudad no se reproduce sólo por sí misma, debe reclutar sus inmigrantes de otras ciudades, del campo, y –en este país hasta hace poco- de otros países. Así, históricamente la ciudad ha sido un crisol de razas, gentes y culturas y la base más favorable para nuevos híbridos biológicos y culturales. No sólo ha tolerado, sino también gratificado, las diferencias individuales. Ha unido a gentes de los confines de la tierra *por ser* diferentes y, así, útiles unos a otros, antes que por ser homogéneos y de mentalidades similares[3]. Hay un número de proposiciones sociológicas referentes a la relación entre (a) cantidad de población, (b) densidad del establecimiento, (c) heterogeneidad de los habitantes y vida de grupo, que pueden ser formuladas sobre la base de la observación y la investigación.

Tamaño de la población

Ya desde La Política de Aristóteles[4] se reconoce que el aumento del número de habitantes de un establecimiento, más allá de un cierto límite, afecta las relaciones entre ellos y el carácter de la ciudad. Como se ha señalado, las grandes cantidades involucran una esfera mayor de variaciones individuales. Además, cuanto mayor es el número de individuos que participan en un proceso de interacción, mayor es la diferenciación potencial entre ellos. Por lo tanto, se puede suponer que los rasgos personales, las ocupaciones, la vida cultural y las ideas de los miembros de una comunidad urbana, variarán entre polos más ampliamente separados que los de los habitantes rurales.

Fácilmente se puede inferir que tales variaciones dan surgimiento a la segregación espacial de individuos según el color, la herencia étnica, el status económico y social, los gustos y las preferencias. Los lazos de parentesco y vecindad y los sentimientos que surgen de la vida en común, por generaciones,

---

[3] Quizá la inclusión del término "permanente" en nuestra definición requiera ser fundada. Si hemos omitido la justificación extensa de esta señal calificadora de lo urbano ha sido pensando en lo obvio del hecho de que a menos que los establecimientos humanos arraiguen de modo bastante permanente en una localidad, no pueden surgir las características de la vida urbana, y recíprocamente, de que la vida en conjunto de grandes cantidades de individuos heterogéneos bajo condiciones de alta densidad de población no es posible sin el desarrollo de una estructura más o menos tecnológica.

[4] Ver especialmente VII, 4.4-4. Traducido al inglés por B. Jowett, de donde se extrae la siguiente cita: "Hay un límite para el tamaño de los estados, así como lo hay para otras cosas, plantas, animales, implementos; porque ninguno de estos retienen su poder natural cuando son demasiado grandes o demasiado pequeño, sino que, o pierden enteramente su naturaleza o se echan a perder [...]. [Un] estado compuesto de demasiados pocos no es, como un estado debe ser, autosuficiente; si en cambio tiene demasiados, aunque autosuficiente en todos los requisitos esenciales, es una nación y no un estado, siendo casi incapaz de un gobierno constitucional. Porque ¿quién puede ser general de una multitud tan vasta o quién su heraldo, a menos que tenga la voz de un Stentor?
Por lo tanto, un estado sólo comienza a existir cuando ha logrado una población suficiente para una vida buena en la comunidad política; ciertamente puede exceder en algo este número. Pero, como dije, debe haber un límite. Cuál sea el límite será fácilmente determinado por la experiencia. Porque tanto gobernadores como gobernados tienen deberes que ejecutar; las funciones especiales de un gobernador son dirigir y juzgar. Pero si los ciudadanos de un estado deben ser juzgados y distribuidos en los oficios de acuerdo a su mérito, entonces ellos deben conocer el carácter de cada uno; donde no posean este conocimiento, tanto la elección de oficios como la decisión de pleitos legales será errónea. Cuando la población es muy grande, manifiestamente está dispuesta al azar, cosa que, como es obvio, no debería ser así. Además, en un estado sobrepoblado, extranjeros y metecos adquirirán fácilmente los derechos de ciudadanos, porque ¿quién los descubrirá? Es claro entonces, que el mejor límite de población de un estado es el número más grande que baste para los propósitos de vida y pueda ser observado con una simple ojeada. Con esto alcanza respecto al tamaño de la ciudad".

bajo una común tradición folk, pueden estar ausentes o, en el mejor de los casos, ser relativamente débiles en un agregado en el que los miembros tienen orígenes y culturas tan diversos. Bajo tales circunstancias los mecanismos de competencia y control formal suministran los sustitutos para los vínculos de solidaridad en que descansa una sociedad folk.

El aumento en el número de habitantes de una comunidad más allá de unos pocos centenares, necesariamente limita la posibilidad del conocimiento mutuo y personal de cada miembro de la comunidad. Reconociendo la significación social de este hecho, Max Weber (1925: 514) señaló que, desde un punto de vista sociológico, un gran número de habitantes y una gran densidad de población significan que el conocimiento personal mutuo entre los habitantes, de ordinario inherente a una vecindad, no existe. El aumento cuantitativo involucra así un cambio en el carácter de las relaciones sociales. Como señala Simmel (1903), "[si] al incesante contacto externo de cantidad de personas en la ciudad correspondiera de modo proporcional el número de reacciones internas que se dan en un pequeño pueblo, donde cada uno conoce a toda persona que encuentra y con cada una de las cuales tiene una relación positiva, uno estaría atomizado internamente por completo y caería en un estado mental increíble" (p. 187-206).

La multiplicación de personas en un estado de interacción bajo condiciones que hacen imposible su contacto como personalidades completas produce esa segmentación de las relaciones humanas interpretada a veces por los estudiosos de la vida mental de las ciudades como una explicación del carácter "esquizoide" de la personalidad urbana. Esto no quiere decir que los habitantes urbanos tengan menos conocimiento mutuo que los habitantes rurales, ya que lo inverso precisamente es quizá lo cierto; significa, más bien, que en relación con el número de gente que se ve y con quien uno se codea en el curso de la vida diaria, se conoce una proporción menor y de éstos se tiene un conocimiento menos intenso.

Característicamente, los hombres urbanos se encuentran unos con otros en papeles altamente segmentados. Sin duda, dependen de más personas para la satisfacción de sus necesidades diarias que los habitantes rurales, pero dependen menos de determinadas personas, y su dependencia de otros está confinada a un aspecto altamente específico de la esfera ajena de actividades. Esto es lo que esencialmente se quiere significar cuando se dice que la ciudad está caracterizada por contactos secundarios antes que primarios. Ciertamente, los contactos de la ciudad pueden ser cara a cara, pero son sin embargo impersonales, superficiales, transitorios y segmentados. La reserva, la indiferencia y el aspecto de hastío que los urbanos manifiestan en sus relaciones, pueden ser considerados, por lo tanto, como recursos de auto-inmunización contra las exigencias personales y las expectativas de otros.

La superficialidad, el anonimato y el carácter transitorio de las relaciones sociales urbanas hacen también inteligible la sofisticación y la racionalidad adscriptas generalmente a los habitantes de la ciudad. Tendemos a limitar las relaciones con nuestros conocidos a las de utilidad, en el sentido de que irresistiblemente consideramos el papel que cada uno juega en nuestra vida como un medio para el logro de nuestros propios fines. Entonces, mientras que el individuo gana, por una parte, un cierto grado de emancipación o liberación respecto de los controles emocionales o personales de los grupos íntimos, pierde, por otra, la auto-expresión espontánea, la moral y el sentido de participación que se tiene al vivir en una sociedad integrada. Esto constituye esencialmente el estado de "anomia" o vacío social al cual alude Durkheim intentando dar cuenta de las diversas formas de desorganización social existentes en la sociedad tecnológica.

El carácter segmentario y el acento utilitario de las relaciones interpersonales en la ciudad, encuentran su expresión institucional en la proliferación de tareas especializadas, cuya forma más desarrollada cabe ver en las profesiones. Las operaciones del nexo pecuniario conducen a relaciones de rapiña que tienden a obstruir el funcionamiento eficiente



del orden social, a menos que sean controladas por códigos profesionales y sus éticas ocupacionales. El interés puesto sobre la utilidad y la eficiencia sugiere la adaptabilidad del esquema colectivo a la organización de empresas, las que los individuos sólo pueden integrar en grupos. La ventaja de que goza la corporación frente al empresario individual o a la sociedad individual en un mundo industrial-urbano, deriva no sólo de la posibilidad de centralizar los recursos de miles de individuos o del privilegio legal de la responsabilidad limitada y sucesión perpetua, sino el hecho de que la corporación no tiene alma.

La especialización de los individuos, particularmente en sus ocupaciones, sólo puede avanzar, tal como Adam Smith lo señaló, sobre las bases de la ampliación del mercado, lo que a su vez acentúa la división del trabajo. Este mercado sólo en parte es abastecido por el hinterland de la ciudad; en gran medida lo es también por la ciudad misma, que cuenta con grandes cantidades de habitantes. El dominio de la ciudad sobre la región interior circundante se explica en función de la división del trabajo que la vida urbana ocasiona y promueve. El extremo grado de esta interdependencia e inestabilidad aumenta debido a la tendencia de toda ciudad a especializarse en aquellas funciones en las cuales tienen la mayor superioridad.

En una comunidad constituida por una cantidad de individuos que excede a aquélla en la que puedan conocerse íntimamente unos a otros y sea dado reunirlos en un solo lugar, se hace necesario comunicarse a través de medios indirectos y articular los intereses individuales por un proceso de delegación. Típicamente, en la ciudad los intereses se hacen efectivos a través de la representación. El individuo cuenta poco, pero la voz del representante es oída con una deferencia aproximadamente proporcional al número representado.

Si bien esta caracterización del urbanismo, en tanto deriva de "grandes cantidades", no agota de ninguna manera las inferencias sociológicas que podrían ser extraídas de nuestro conocimiento de las relaciones entre el tamaño de un grupo y la conducta característica de sus miembros, las aserciones hechas pueden servir, en beneficio de la brevedad, para ejemplificar la clase de proposiciones que podrían ser desarrolladas.

Densidad

Como en el caso del número, también de la concentración en un espacio limitado surgen ciertas consecuencias de relevancia para un análisis sociológico de la ciudad. Sólo indicaremos algunas de ellas.

Tal como Darwin lo señaló en relación a la flora y la fauna y Durkheim (1932) respecto de las sociedades humanas, su aumento cuantitativo dentro de un área que se mantiene constante (es decir, el aumento de su densidad) tiende a producir diferenciación y especialización, dado que sólo así puede dicha área soportar cantidades crecientes. De este modo, la densidad refuerza la acción de la cantidad en punto a diversificar hombres y actividades y a aumentar la complejidad de la estructura social.

Por el lado subjetivo, como sugirió Simmel, el estrecho contacto físico de numerosos individuos produce necesariamente un cambio en los medios a través de los cuales nos orientamos en el "medio" urbano, de modo particular respecto a nuestros compañeros. Característicamente, nuestros contactos físicos son estrechos pero nuestros contactos sociales son distantes. El mundo urbano acentúa el reconocimiento visual. Vemos el uniforme que denota el rol de los funcionarios y olvidamos las excentricidades personales subyacentes al uniforme. Tendemos a adquirir y a desarrollar una sensibilidad para un mundo de artefactos y nos alejamos cada vez más del mundo de la naturaleza. Estamos expuestos a contrastes notorios entre esplendor y escualidez, riqueza y pobreza, inteligencia e ignorancia, orden y caos. La competencia por el espacio es grande, de modo que cada área tiende a ser usada de manera que produzca el mayor provecho económico. El lugar de trabajo tiende a disociarse del lugar de residencia, pues la proximidad de establecimientos industriales y comerciales tornan a un área cualquiera,

económica y socialmente indeseable para propósitos residenciales.

La densidad, los valores de la tierra, las rentas, la accesibilidad, la salubridad, el prestigio, las consideraciones estéticas, la ausencia de molestias tales como el ruido, el humo y la suciedad, determinan la deseabilidad de las diversas áreas de la ciudad como lugares para el establecimiento de los diferentes sectores de la población. El lugar y la naturaleza del trabajo, los ingresos, las características raciales y étnicas, el status social, las costumbres, los hábitos, los gustos, las preferencias y los prejuicios están entre los factores significativos de acuerdo con los cuales la población urbana es seleccionada y distribuida en instalaciones más o menos diferenciadas. Diversos elementos de la población que habitan un establecimiento compacto tienden, así, a segregarse unos de otros en la medida que sus requerimientos y modos de vida son incompatibles unos con otros y en la medida en que son antagónicos entre sí. De modo similar, las personas de status y necesidades homogéneas se agrupan inconscientemente, se seleccionan conscientemente, o son forzadas a hacerlo por imperio de las circunstancias, dentro de una misma área. Así, las diferentes partes de la ciudad adquieren funciones especializadas. Consecuentemente, la ciudad tiende a asemejarse a un mosaico de mundos sociales, donde la transición de uno a otro es abrupta. La yuxtaposición de personalidades y modos de vida divergentes tiende a producir una perspectiva relativista y un sentido de tolerancia hacia las diferencias, los que pueden ser considerados como pre-requisitos de la racionalidad y que conducen hacia la secularización de la vida[5].

[5] Hasta qué punto la segregación de la población en distintas áreas culturales y ecológicas y la actitud social resultante de tolerancia, racionalidad y mentalidad secular son funciones de la densidad independientemente de la heterogeneidad, es algo difícil de determinar. Lo más probable es que estemos tratando aquí con fenómenos que son consecuencia de la acción simultánea de ambos factores.

La vida y el trabajo en común de individuos que no tienen lazos sentimentales y emocionales, fomentan un espíritu de competencia, engrandecimiento y mutua explotación. Se tiende a recurrir a controles formales para contrarrestar la irresponsabilidad y el desorden potencial. Sin una rígida adherencia a rutinas predictibles una gran sociedad compacta no sería casi capaz de mantenerse a sí misma. El reloj y las señales de tránsito son símbolos de las bases de nuestro orden social en el mundo urbano. El frecuente y estrecho contacto físico unido a una gran distancia social acentúa la reserva mutua de individuos desligados entre sí, la que, de no estar compensada por otras oportunidades para una respuesta, es causa del sentimiento de soledad. El movimiento necesario y frecuente de gran número de individuos en un hábitat congestionado da lugar a roces y a la irritación. Las tensiones nerviosas que derivan de tales frustraciones personales son acentuadas por el ritmo rápido y la tecnología complicada, propios de la vida en las áreas densas.

Heterogeneidad

La interacción social existente en el "medio" urbano entre tal variedad de tipos de personalidad tiende a destruir la rigidez de las líneas de casta y a complicar la estructura de clases, produciendo así un entramado de estratificación social más diferenciado y ramificado que el que se encuentra en sociedades más integradas. La alta movilidad del individuo, que lo introduce dentro del campo de estimulación de una gran cantidad de individuos diferentes y lo sujeta a status fluctuantes en los grupos sociales diferenciados que componen la estructura social de la ciudad, tiende a hacer que la inestabilidad e inseguridad en el mundo sea aceptada como una norma. Este hecho ayuda a explicar, también, la sofisticación y el cosmopolitismo del individuo urbano.

Ningún grupo monopoliza la lealtad del individuo. Los grupos a los cuales está afiliado no se prestan fácilmente a un ordenamiento jerárquico. En virtud de los distintos intereses que promueven los diferentes aspectos de la vida social, el individuo es miembro de grupos

ampliamente divergentes, cada uno de los cuales sólo funciona con referencia a un simple segmento de su personalidad. Tampoco estos grupos permiten un fácil ordenamiento concéntrico tal que los más limitados caigan dentro de la circunferencia de los más inclusivos, como es muy probable suceda en la comunidad rural o en sociedades primitivas. Los grupos a los cuales la persona está afiliada son, más bien, tangenciales uno con respecto a otro, o se intersectan de un modo muy variable.

En parte a causa del poco arraigo físico de la población y en parte como resultado de su movilidad social, el cambio de la pertenencia a grupos es generalmente rápido. Fluctúan el lugar de residencia, el lugar y carácter del empleo, los ingresos y los intereses; la tarea de unir organizaciones y mantener y promover un conocimiento mutuo, íntimo y duradero entre sus miembros es, pues, difícil. Esto se aplica vívidamente a áreas locales dentro de la ciudad en las que las personas se segregan en virtud de las diferencias de raza, idioma, ingresos y status social más que por la elección o atracción positiva hacia individuos que se les asemejan.

En una proporción abrumadora, el habitante de la ciudad no es propietario de su hogar, y, dado que un hábitat transitorio no genera tradiciones y sentimientos firmes, sólo raramente es en realidad un vecino. El individuo tiene escasas posibilidades de acceder a una concepción de la ciudad como un todo o de reconocer su lugar en el esquema total. Consecuentemente, le resulta difícil determinar cuáles son sus propios "mejores intereses" y decidir acerca de los problemas y líderes que le son presentados por los agentes de sugestión de masas. Los individuos que están así separados de los cuerpos organizados que integran la sociedad, constituyen masas fluidas que hacen que la conducta colectiva sea algo tan impredictible y en consecuencia tan problemático.

Aunque por el reclutamiento de tipos variados, requeridos para la ejecución de las diversas tareas así como por la acentuación de su singularidad promovida mediante la competencia y la gratificación a la excentricidad, la novedad, la ejecución eficiente y la inventiva, la ciudad produce una población altamente diferenciada, también ejerce una influencia niveladora. Dondequiera que se congreguen grandes cantidades de individuos diferentemente constituidos, se introduce también el proceso de despersonalización. Esta tendencia niveladora es en parte inherente a la base económica de la ciudad. El desarrollo de las grandes ciudades, por lo menos en la edad moderna, dependía en alto grado de la fuerza concentrada del vapor. El surgimiento de la fábrica hizo posible la producción en serie para un mercado impersonal. Sin embargo, la total explotación de las posibilidades de la división del trabajo y de la producción en masa sólo es posible con la estandardización de procesos y productos. Una economía monetaria va aparejada con tal sistema de producción. Progresivamente y a medida que las ciudades se desarrollaron sobre la base de ese sistema de producción, el nexo pecuniario que implica la posibilidad de compra de servicios y cosas, ha desplazado a las relaciones personales como base de asociación. Bajo estas circunstancias, la individualidad debe ser reemplazada por las categorías.

Cuando grandes cantidades de personas deben hacer uso común de servicios e instituciones, tiene que surgir un arreglo para ajustar los servicios e instituciones a las necesidades de la persona promedio antes que a las de los individuos particulares. Las ventajas de los servicios públicos y de las instituciones recreativas, culturales y educativas, deben ser ajustadas a los requerimientos de las masas. Similarmente, las instituciones culturales, tales como escuelas, cinematógrafos, radios y periódicos, en virtud del carácter masivo de su clientela deben operar necesariamente como influencias niveladoras. El proceso político tal como aparece en la vida urbana no podría ser explicado sin tomar en cuenta los llamados a las masas hechos a través de modernas técnicas de propaganda. Si el individuo quiere participar de alguna manera en la vida social, política y económica de la ciudad debe subordinar algo de su individualidad a las demandas de la comunidad más amplia y en esa medida sumergirse en los movimientos de masas.



Relación entre una teoría del urbanismo y la investigación sociológica

Mediante un conjunto de teorías tal como el que queda delineado ilustrativamente más arriba, los complicados y multifacéticos fenómenos del urbanismo pueden ser analizados en función de un número limitado de categorías básicas. De este modo, el enfoque sociológico de la ciudad adquiere una unidad y coherencia esencial, capacitando al investigador empírico no sólo para enfocar en forma meramente distintiva los problemas y procesos que caen propiamente en su campo, sino también para tratar su materia de un modo más integrado y sistemático. Cabe indicar unos pocos descubrimientos típicos de la investigación empírica en el campo del urbanismo, con especial referencia a los Estados Unidos, para verificar las proposiciones teóricas señaladas en las páginas precedentes; cabe, asimismo, bosquejar algunos de los problemas cruciales para un estudio más amplio.

Parece posible explicar las características de la vida urbana y dar cuenta de las diferencias entre ciudades de diversos tamaños y tipos sobre la base de las tres variables: cantidad, densidad y grado de heterogeneidad de la población urbana.

El urbanismo en tanto modo característico de vida puede ser enfocado empíricamente desde tres puntos de vista interrelacionados: 1) Como una estructura física que comprende una base de población, una tecnología y un orden ecológico; 2) como un sistema de organización social que involucra una estructura social característica, una serie de instituciones sociales y una pauta típica de relaciones sociales; y 3) como un conjunto de actitudes e ideas, y una constelación de personalidades comprometidas en formas típicas de conducta colectiva y sujetas a mecanismos característicos de control social.

El urbanismo en una perspectiva ecológica

Ya que se trata de una estructura física y de procesos ecológicos somos capaces de operar con índices aproximadamente objetivos; se hace posible arribar a resultados bastante precisos y generalmente cuantitativos. El dominio de la ciudad sobre sus hinterlands se hace explicable a través de las características funcionales de la ciudad, que derivan en gran medida de los efectos de la cantidad y la densidad. Muchas de las facilidades técnicas, oficios y organizaciones surgidas de la vida urbana sólo pueden crecer y prosperar en ciudades donde la demanda es suficientemente grande. La naturaleza y escala de los servicios suministrados por estas organizaciones e instituciones y la ventaja de que gozan en comparación con servicios menos desarrollados, de pueblos más pequeños, acrecientan el dominio de la ciudad y la dependencia de regiones todavía más amplias respecto de la metrópoli central.

La composición de la población urbana muestra el funcionamiento de factores selectivos y de diferenciación. Las ciudades contienen una mayor proporción de personas en la primavera de la vida que las áreas rurales, que contienen gente más vieja y muy joven. En esto, como en muchos otros aspectos, cuanto más grande es la ciudad, más manifiestas son las características específicas del urbanismo. Con excepción de las grandes ciudades, que han atraído el grueso de varones extranjeros, y otros pocos tipos especiales de ciudad, las mujeres predominan numéricamente sobre los hombres. La heterogeneidad de la población urbana es aún más evidente a lo largo de las líneas raciales y étnicas. Los extranjeros nacidos fuera de aquélla y sus hijos constituyen aproximadamente los dos tercios de la población de ciudades de más de un millón de habitantes. Su proporción en la población urbana declina a medida que decrece el tamaño de la ciudad, hasta que en las áreas rurales comprende no más de un sexto de la población total. Igualmente, las grandes ciudades han atraído más negros y otros grupos raciales que las pequeñas comunidades. Considerando que la edad, el sexo, la raza y el origen étnico están asociados con otros factores, tales como ocupación e interés, se hace claro que una de las mayores características de los habitantes urbanos es la falta de similitud existente entre ellos. Masas tan numerosas y de rasgos tan diferentes como las que encontramos

actualmente en las ciudades de los Estados Unidos no habían coexistido nunca en tan estrecho contacto físico. Las ciudades en general, y especialmente las ciudades norteamericanas, comprenden una mezcla de gentes y culturas, de modos de vida altamente diferenciados, entre los cuales sólo hay, a menudo, una muy débil comunicación, la indiferencia más grande y la más amplia tolerancia; ocasionalmente puede darse una rivalidad áspera; siempre el más agudo contraste.

El fracaso de la población urbana para reproducirse por sí misma parece ser una consecuencia biológica de una combinación de factores dados en el complejo de la vida urbana; la declinación de la tasa de natalidad puede en general considerarse como uno de los signos más característicos de la urbanización del mundo occidental. Mientras que la tasa de mortalidad en las ciudades es ligeramente mayor que en el campo, la diferencia saliente entre el fracaso de las ciudades de hoy para mantener su población y el de las del pasado consiste en que éstas lo debían a las altas tasas de mortalidad, en tanto que aquéllas, desde que se han hecho más aptas para la vida desde el punto de vista de la salubridad, lo deben a las bajas tasas de natalidad.

Estas características biológicas de la población urbana son sociológicamente significativas, no sólo porque reflejan el modo urbano de existencia sino también porque condicionan el crecimiento y futuro dominio de las ciudades y su organización social básica. Dado que las ciudades son comunidades consumidoras antes que productoras de hombres, el valor de la vida humana y la estimación social de la personalidad no dejaron de ser afectados por el balance de nacimientos y muertes. La pauta del uso de la tierra, de los valores de la tierra, de las rentas y la propiedad, de la naturaleza y funcionamiento de las estructuras físicas, de las viviendas, de los servicios de transporte y comunicación, de los servicios públicos, éstas y otras fases del mecanismo físico de la ciudad no son fenómenos aislados y no relacionados con la ciudad como entidad social, sino que son afectados por el modo urbano de vida, al que a su vez afectan.

El urbanismo como forma de organización social

Los rasgos característicos del modo de vida urbano han sido a menudo descritos sociológicamente como consistentes en la sustitución de contactos primarios por secundarios, el debilitamiento de los vínculos de parentesco y la decadencia de la significación social de la familia, la desaparición del vecindario y la socavación de las bases tradicionales de la solidaridad social. Todos estos fenómenos pueden ser sustancialmente verificados a través de índices objetivos. Así, por ejemplo, las bajas y declinantes tasas urbanas de reproducción sugieren que la ciudad no conduce al tipo tradicional de vida familiar, incluyendo la crianza de los niños y el mantenimiento del hogar como el "locus" de un círculo completo de actividades vitales. La transferencia de actividades industriales, educacionales y recreativas e instituciones especializadas exteriores al hogar, ha privado a la familia de algunas de sus más características funciones históricas. En las ciudades es más probable que las madres estén empleadas, los huéspedes son frecuentemente parte de la casa, los matrimonios tienden a ser pospuestos y es grande la proporción de gente solitaria y aislada. Las familias son más pequeñas que en el campo y frecuentemente sin hijos. La familia como unidad de vida social está emancipada de los grandes grupos de parentesco característicos del campo, y sus miembros individuales persiguen sus propios intereses divergentes en su vida vocacional, educacional, religiosa, recreativa y política. Funciones como el mantenimiento de la salud, métodos para aliviar las penalidades asociadas con la inseguridad personal y social, las previsiones para la educación, la recreación y el adelanto cultural, han dado surgimiento a instituciones altamente especializadas, sea a nivel de la comunidad, del estado, o aún con bases nacionales. Los mismos factores que han causado esa mayor inseguridad personal también subyacen en los más amplios contrastes que se dan entre individuos en el mundo urbano. Al mismo tiempo que la ciudad ha destruido las rígidas líneas de casta de la



sociedad pre-industrial, ha agudizado y diferenciado los grupos según ingresos y status. Por lo general, una mayor proporción de la población urbana adulta está más ventajosamente empleada que la población rural adulta. La clase de los "white-collar", que comprende los empleados de comercio, intelectuales y profesionales, es proporcionalmente más numerosa en las grandes ciudades y centros metropolitanos y en pequeños pueblos, que en el campo.

En general, la ciudad desalienta una vida económica en la que en tiempos de crisis el individuo tenga una base de subsistencia a la cual recurrir, y desalienta el trabajo por cuenta propia. Si bien los ingresos de la gente de la ciudad son más altos que los de la del campo, el costo de la vida también parece ser más alto en las grandes ciudades. La propiedad de una casa involucra mayores gravámenes y es cada vez más rara. Los alquileres son más altos y absorben una gran proporción de los ingresos. Aunque el habitante urbano tenga el beneficio de muchos servicios comunales, gasta una gran proporción de sus ingresos en rubros tales como recreación y ascenso social, y sólo una pequeña en comida; debe comprar lo que los servicios comunales no suministran, y virtualmente no hay ninguna necesidad humana que permanezca inexplotada por el comercio. Proveer de emociones y suministrar medios de escape al tráfago, la monotonía y la rutina, son las principales funciones de la recreación urbana, que en el mejor de los casos proporcionan medios para una autoexpresión creativa y una asociación de grupo espontánea, pero que más típicamente producen, en el mundo urbano, por una parte, el espectador pasivo; por la otra, el héroe que bate récords sensacionales.

El hombre urbano, reducido a un estado de impotencia virtual como individuo, está condenado, para obtener sus fines, a empeñarse en lograr una unión en grupos organizados con otros individuos de intereses similares. Esto da por resultado la enorme multiplicación de organizaciones voluntarias dirigidas a una variedad tan grande de objetivos como necesidades e intereses humanos existen. Mientras que por un lado los lazos tradicionales de la asociación humana se han debilitado, la existencia urbana involucra un estado de interdependencia mucho mayor entre los hombres y una forma más complicada, frágil y volátil de interrelaciones mutuas, en muchas de cuyas fases el individuo como tal escasamente puede ejercer algún control. Frecuentemente hay sólo una relación muy tenue entre la posición económica y los otros factores básicos que determinan la existencia del individuo en el mundo urbano y los grupos de participación voluntaria a los cuales está afiliado; en tanto que en una sociedad primitiva y en una rural, generalmente es posible, sobre la base de unos pocos factores conocidos, predecir quién pertenece a qué y quién está asociado con quién, en casi todas las relaciones de la vida en la ciudad sólo podemos proyectar la pauta general de formación y afiliación de grupos, y esta pauta pondrá de manifiesto muchas incongruencias y contradicciones.

Personalidad urbana y conducta colectiva

Es a través de las actividades de los grupos voluntarios, sean sus objetivos económicos, políticos, educacionales, recreativos o culturales, como el hombre urbano se expresa y desarrolla su personalidad, adquiere un status y es capaz de llevar a cabo el conjunto de actividades que constituyen su vida. Sin embargo, se puede inferir fácilmente que el marco de referencia organizativo que producen estas funciones altamente diferenciadas no asegura por sí mismo la compatibilidad e integridad de personalidades cuyos intereses abarca. Bajo estas circunstancias, es de esperar que la desorganización personal, el trastorno mental, el suicidio, la delincuencia, el crimen, la corrupción y el desorden prevalezcan con más fuerza en la comunidad urbana que en la rural. Esto es confirmado por índices de comparación de los que se dispone; los mecanismos que subyacen a estos fenómenos requieren empero un mayor análisis.

Desde que en la ciudad es imposible, para la mayoría de los propósitos de grupo, apelar individualmente a la gran cantidad de individuos opuestos y diferenciados, y desde que es sólo a través de las organizaciones a las que los hombres pertenecen, que sus intereses



y recursos pueden ser abarcados para una causa colectiva, puede inferirse que en la ciudad el control social se efectúa típicamente a través de grupos formalmente organizados. Sigúese, también, que las masas de hombres en la ciudad están sujetas a la manipulación por medio de símbolos y estereotipos y son conducidas por individuos que trabajan a distancia u operan invisiblemente detrás de la escena, a través del control de los instrumentos de comunicación. Bajo estas circunstancias, el autogobierno, ya sea en el reino de lo económico, lo político o lo cultural, está reducido a una mera figura literaria, o, en el mejor de los casos, está sujeto al equilibrio inestable de los grupos de presión. En vista de la ineficacia de los actuales lazos de parentesco, creamos ficticios grupos de parentesco. Frente a la desaparición de la unidad territorial como base de la solidaridad social, creamos unidades de intereses. Mientras tanto, la ciudad como comunidad, se resuelve en una serie de tenues relaciones segmentadas sobreimpuestas en una base territorial con un centro definido pero sin una periferia definida, y descansa sobre una división del trabajo que trasciende la localidad inmediata y es de alcance universal. Cuando más grande es la cantidad de personas en estado de interacción, más bajo es el nivel de comunicación y mayor es la tendencia de la comunicación a funcionar sobre un nivel elemental, es decir, sobre la base de aquellas cosas que son supuestas como comunes y de interés general.

Por lo tanto, con respecto a las tendencias emergentes en el sistema de comunicación y a la tecnología de la producción y distribución que han comenzado su existencia con la civilización moderna, es obvio que debemos buscar los síntomas que indicarán el probable desarrollo futuro del urbanismo como un modo de vida social. La dirección de los cambios que están en marcha con el urbanismo, sea para bien o para mal, transformarán no sólo la ciudad sino el mundo todo. Algunos de estos factores y procesos básicos y las posibilidades de su dirección y control invitan a un estudio más detallado.

Sólo en tanto el sociólogo posea una clara concepción de la ciudad como una entidad social y una teoría practicable del urbanismo, puede esperar el desarrollo de un cuerpo unificado y confiable de conocimientos, cosa que ciertamente no ocurre con la "sociología urbana" de nuestros días. Es de esperar que puedan ser determinados los criterios de relevancia y validez de los datos fácticos, tomando este punto de partida para una teoría del urbanismo, tal como ha sido bosquejado en las páginas precedentes, y elaborándolo, probándolo, y revisándolo a la luz de un mejor análisis y de la investigación empírica. La miscelánea, colección de información aislada que ha encontrado hasta ahora su camino en los tratados sociológicos sobre la ciudad, debe ser así examinada e incorporada a un cuerpo coherente de conocimientos. De paso diremos que sólo por medio de una teoría tal escapará el sociólogo de la fútil práctica de expresar en nombre de la ciencia sociológica una variedad de juicios casi insoportable, referente a problemas tales como la pobreza, el alojamiento, la planificación de la ciudad, sanidad, administración municipal, policía, mercado, transporte y otros productos técnicos. Si bien el sociólogo no puede resolver ninguno de estos problemas prácticos –al menos por sí mismo- puede, si descubre su propia función, hacer una importante contribución a su comprensión y solución. Las perspectivas para ello son más brillantes si se emplea un enfoque teórico y general que si se lo hace a través de un enfoque "ad hoc".

Referencias bibliográficas

Durkheim, E. (1932). *De la división du travail social*. Paris.

Jefferson, M. (1909). "The anthropogeography of some great cities". En *American Geographical Society Bulletin*, XLI: 537-566.

National Resources Committee (1937). "Our cities: their role in the national economy". Washington: Government Printing Office.

Park, R.E, E.W. Burguess y otros (1925). *The city*. Chicago.

Pearson, S.V. (1935). *The growth and distribution of population*. New York.

Simmel, G. (1903). *Die Grosstadte und des Geistesleben*. Dresden.



Sombart, W. (1931). *Stadtische Siedlung, Stadt*, "Handwörterbuch der Soziologie". Stuttgart.
Sumner, W.G. (1906). *Folkways*. Boston.
Weber, M. (1925). *Wirtschaft und Gessellschaft*. Tübingen.
Wilcox, W.F. (1926). "A definition of "city" in terms of density". En Burguess, E.W., *The urban community*. Chicago.

